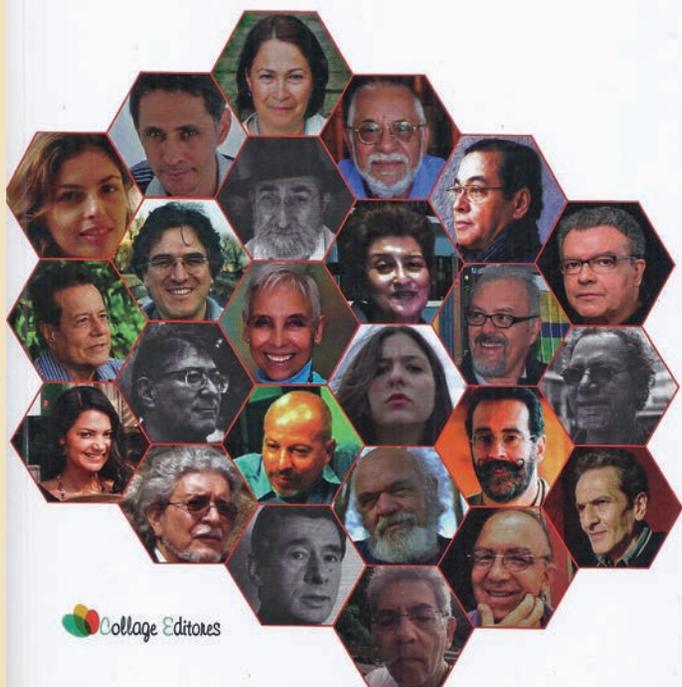


Eduardo Márceles Daconte

# 23 NARRADORES COLOMBIANOS EN EUROPA

*Literatura colombiana de la diáspora en Europa*



## CRUCES DE INCERTIDUMBRES

MARIBEL BERRÍO MONCADA

Docente, editora e investigadora  
Universidad de Antioquia

Eduardo Márceles Daconte (2018) (comp.).  
*23 narradores colombianos en Europa*  
Bogotá: Collage Editores.

Forjar una literatura colombiana sin permisos ni complejos frente a la cultura europea ha sido, desde el proyecto republicano del siglo XIX, el reto para nuestros escritores. En *Alocución a la poesía* de 1823, Andrés Bello invitaba a los intelectuales latinoamericanos a que

abandonaran a la “cultura Europa” y se ocuparan de la América desconocida. A doscientos años de este llamado, ¿qué panorama literario y social nos propone la antología de Eduardo Márceles Daconte? ¿Asimilar exclusivamente los géneros literarios europeos es una dinámica de exclusión de otras expresiones literarias? ¿La idealización del mundo europeo explica la génesis de la violencia que no cesa en Colombia?

En los textos de las seis escritoras —Anabel Torres, Consuelo Triviño, Lauren Mendinueta, Renata Durán, Marisol Roza, Ramona de Jesús— y los diecisiete narradores —Dasso Saldívar, Eduardo García, Ernesto Mächler, Fabio Rodríguez, Freddy Téllez, Gabriel Uribe, Guillermo Camacho, Héctor Sánchez, Juan Fernando Merino, Julio Olaciregui, Luis Aguilera, Manuel Giraldo, Luis Fayad, Mario Salazar, Orlando Mejía, Pablo Montoya, Ricardo Cano— esas inquietudes no se han resuelto a favor de la invitación de Bello.

Se evidencia más bien que las potencialidades y los refinamientos de la imaginación narrativa colombiana contemporánea se han plegado a las reglas, los géneros literarios, las formas de vida y las ideologías de los europeos. Desde ese lugar se miran los conflictos colombianos. Esta narrativa de la diáspora colombiana en Europa parece menos inquieta por el problema de la originalidad americana que por los conflictos incesantes entre el deseo de ser europeas y la frustración de ser americanas. La tensión irresoluble explica la diáspora, el exilio, la guerra y las múltiples violencias que habitan las páginas de la antología. El arte narrativo colombiano ha acabado por adaptarse magistralmente a la escritura literaria del canon occidental. Allí se mueve sin reservas. Desde allí retrata experiencias dolorosas en las ciudades de origen o de acogida. Desde allí miran con nostalgia sus aventuras de héroes europeos en las selvas y regiones de Colombia y América Latina. En este cruce de incertidumbres se fabulan los mejores cuentos de esta antología, los más conmovedores e inquietantes.

En “Burundanga”, Anabel Torres recrea, en un tono íntimo, las fugias de dos mujeres latinoamericanas en España. Muestra los avatares y las resoluciones ante el fracaso afectivo. Desde una perspectiva femenina, cuestiona las estructuras patriarcales de la civilización occidental. Sin embargo, es contradictorio que la narradora elogie la ayuda de los refugios para mujeres maltratadas. Si hay refugios en Europa es porque hay maltrato. Por consiguiente “la Europa del siglo 21” no puede ser vista como el mejor lugar para la mujer, “y no en otro país donde le iría peor” (p. 26). En el relato, a su vez, la nostalgia por las patrias perdidas está dispuesta por la lucha de los lenguajes. Tomasa, la protagonista, le dice a su nuevo amigo antioqueño: “No, no quiero que hablemos en [español] europeo” (p. 30). Así que alimentan el afecto hablando con dichos y refranes propios de la idiosincrasia latinoamericana. En los acentos del español americano se sienten a gusto para compartir sus tristezas transcontinentales. Las oralidades latinoamericanas se juntan, se erotizan, por libertad frente a la escritura europea.

Julio Olaciregui en “Las culebras del palmar” describe con acento costeño el asombro de una familia sincelejana ante las imágenes medievales de las calles de Brujas, Bélgica. El narrador adolescente, estudioso del italiano, del francés y de la antigua Grecia, descubre que los europeos arman pesebres y escuchan a Mozart tal como en Colombia. Los colombianos son europeos e idealizan la belleza europea. De hecho, el padre detesta su propio “pelo churrusco de mulato” (p. 230) e intenta a toda costa alisarlo. La diferencia consiste en que los colombianos viven en medio de la guerra, mientras que la violencia europea, según los personajes, es un tema superado. La Europa de hoy, dicen, es el paradigma de

la civilización. El relato retorna a Sincelejo. Allí el padre, coronel y agregado militar en Francia, es acusado de organizar, junto a un matarife, la masacre de sus opositores políticos. En este caso la barbarie política se liga directamente con las clases más cultas, más europeas. Una ironía, un guiño a la historia del horror.

En “Razia”, Pablo Montoya narra el miedo y la incertidumbre del perseguido. Las guerras locales de Francia y Colombia se cruzan y se articulan para una comprensión globalizada de la violencia. Las cuatro historias que integran este cuento tienen el mismo argumento. Es de noche y hay una pareja en un cuarto. El hombre duerme. La mujer está en vela. En ella pesa el terror de la muerte. La muerte que surge por la reina francesa que “despreciaba todo lo referente a los hugonotes” (p. 356) o por la arremetida del gobierno con “cascos de caballos realistas” (p. 358) contra la sublevación del pueblo. Comuneros luchando por sus derechos. La mujer francesa o colombiana sudan. Añoran conciliar el sueño. Ellas no pueden huir. Sus patrias las aniquilan. Aún más cuando la primera hunde “la mano al bolsillo” y descubre que “la estrella de la identidad” (p. 359) ratifica el antisemitismo. O cuando la segunda espera, aferrada al Sagrado Corazón, que los encapuchados no entren con las metralletas. No arranquen las “latas, cartones, periódicos, plástico del techo” (p. 360) de su pieza-casa. Ella no quiere ser un dato. Un número más en la lista de falsos positivos. En Pablo Montoya, la violencia se transterritorializa. Resistir el miedo a las represiones políticas, militares, paramilitares y guerrilleras no es solo un asunto colombiano. Más bien, una herencia inoculada, transplantada. En “Razia” leemos el anuncio de lo que Pablo Montoya ahonda en su reciente novela *La sombra de Orión*.

Lauren Mendinueta, en “El comprador de minutos”, narra la violencia con otro impulso y otras vibraciones. Retoma el problema de la marginalización que trae la pobreza y la enfermedad en las sociedades modernas. Martín, el protagonista, es un enfermo terminal de cáncer. Desde el día que recibió los análisis “el mundo le resulta inhóspito” (p. 172). Su viaje de Madrid a Barranquilla para hacerse un “novedoso tratamiento” (p. 172) lo ha dejado en quiebra. Por lo que le urge hablar con su esposa. Así que sale al encuentro de un vendedor de llamadas. Debe llamar a Madrid. Comunicarle a su mujer que no podrá seguir pagando el piso que compraron. Ahora todo es indiferencia. Es mudez. Hasta que llega el encuentro con la vendedora de minutos, no de llamadas. Alguien está dispuesto a escucharlo. A ser partícipe de su existencia. Martín redescubre “placeres que antes apartó de su vida” (p. 175)

como la observación, la compañía y el valor de la palabra. En la simpleza de Barranquilla, encuentra tiempo para él. Ahora, “cualquier cosa era capaz de deslumbrarlo” (p. 175).

En esta antología, que además incluye capítulos de novela y relatos testimoniales, acudimos al encuentro con una narrativa situada en el cruce de incertidumbres, entre el ideal europeo y sus fracasos y desilusiones americanas. Autoras y autores en su condición de migrantes y en sus trayectorias afectivas se vuelven de allá y de acá. Crean una narrativa en tensión entre lo local y lo global. Una escritura para el registro de sí mismos y de lo otro que los habita. Las escritoras y los escritores compilados han alcanzado cierto prestigio y apoyos. Becas, premios, reconocimientos, traducciones de sus obras a varias lenguas. Han recibido un impulso en los escenarios culturales de Francia, Suiza, Alemania, España, Latinoamérica. Asimismo, han sido copartícipes de la visibilización de obras representativas del canon colombiano como lo atestigua una importante actividad de edición, traducción, formación y crítica literaria en distintas universidades o publicaciones periódicas del mundo.

A la par del prestigio literario, nos genera extrañeza que por momentos estas narrativas estén investidas aún del discurso de la racialidad. Instrumento efectivo y colonial para la clasificación social de las gentes y sus cuerpos. Aún hoy encontramos en el panorama literario colombiano un universo a menudo limitado a la visión simplista de una serie de estereotipos coloniales: el indio ingenuo, sexualizado o folclorizado. El negro con su carga de negatividad o servilismo. Y lo blanco como la experiencia privilegiada de la emigración y la globalización. Los intelectuales colombianos, con su persistencia por ingresar a los horizontes de la cultura Europa, continúan negando la posibilidad de otras narrativas. Pocos migran a la *marĩ ka'tiri wii*, a la casa de vida. A la casa del conocimiento de la cultura *ye'pá ma'sã*, del Vaupés colombiano. Ser inmigrantes en el amplio y el diverso territorio colombiano. Extraña, la ausencia de narrativas que pugnan por otros deseos. Eróticas no binarias para el afecto y la visión de la existencia. Por el contrario, se continúan matizando las identidades que portamos. Tal vez, sí hemos escuchado bien a Andrés Bello. Seguimos pensando que la literatura latinoamericana inicia en Colón, que América era solo naturaleza virgen y, a hoy, solo violencia. Es tiempo, hermanas, de volver a la Abya Yala desconocida. ■